

CAPÍTULO XIII

LIBERTADOR, NO CONQUISTADOR

Y ahora que navegan por el Pacífico aquellos ocho buques de guerra y dieciséis transportes, bien está considerar dos sucesos de mucha entidad que se habían producido, uno en América, otro en España, y que van a ejercer gran influjo en la empresa de San Martín; al primero nos hemos referido ya: es el paso de los Andes ecuatoriales por Bolívar en 1819 y el triunfo de Boyacá, semejante al de San Martín en Chacabuco y que dio a Bolívar el dominio de Bogotá, pero no todavía el dominio del norte en esa región, ni de Venezuela ni de la llamada entonces Presidencia de Quito. Bolívar, con los territorios reconquistados, ha formado la república de la Gran Colombia con capital en Angostura, a orillas del Orinoco (diciembre de 1819). A principios de 1820, está en Nueva Granada, listo para emprender nuevas campañas.

El otro suceso, no menos importante en el orden diplomático, y asimismo en el militar por sus consecuencias, es el llamado pronunciamiento de Riego en España (enero de 1820); pronunciamiento que hicieron los liberales desalojados y perseguidos desde 1814 por Fernando VII. Esta revolución triunfante llevó a los liberales al poder, quienes no podían tener propósito más inmediato que el de restaurar la constitución de 1812. El monarca, al verse vencido, exclamó, con la cobardía de siempre: “Marchemos todos y yo el primero por la senda constitucional”. (Tres años después estaría en España un ejército extranjero llamado por el pérfido Fernando para exterminar a los liberales...)

Muchas ilusiones concibieron los revolucionarios americanos con esta revolución, y el primero el general San Martín... No sin razón, porque el coronel Antonio Quiroga, jefe revolucionario español, había dicho en una proclama: “¡Soldados! Nuestra España iba a destruirse: con nuestra ruina iba a completarse la de la Patria. Vosotros estabais destinados a la muerte, no para realizar *la conquista ya imposible de la América* sino para libertar al gobierno del terror que de vuestro valor ha concebido”. No será posible comprender la actitud de San Martín en el Perú ni la de Bolívar durante estos años, sin tener en vista la revolución liberal española y su política inicial en el gobierno de la península, política que en cierto sentido rige y condiciona los sucesos de América. Muchos eran los convencidos de que, sin abandonar las precauciones bélicas, todo podría obtenerse por medios diplomáticos. Y, siendo así, ¿porqué llevar los hombres a la matanza y la ruina, y la devastación a las poblaciones, si de un momento para otro, y en barco que tardaba dos meses en cruzar el océano, podía llegar la ansiada noticia de la paz, después de diez años de guerra cruenta e inexorable?...

La expedición de San Martín abordó en la bahía de Paracas, no muy lejos al sur de Lima, el 7 de septiembre, y allí desembarcaron las fuerzas de tierra. Al día siguiente avanzaron hasta Pisco. En una proclama dirigida a su ejército dijo el general: “Acordaos que vuestro gran deber es consolar a la América y que no venís a hacer conquistas, sino a libertar pueblos. Los peruanos son vuestros

hermanos: abrazadlos y respetad sus derechos como respetasteis los chilenos después de Chacabuco”.

Y a los pueblos del Perú: “La revolución de España es de la misma naturaleza que la nuestra; ambas tienen la libertad por objeto y la opresión por causa... El tiempo de la opresión y de la fuerza ha pasado. Yo vengo a poner término a esa época de dolor y humillación...”.

El virrey Pezuela juraba en esos momentos con el pueblo la constitución española de 1812, la de las cortes de Cádiz, aquella que Fernandito (como le llamaba en guasa San Martín) había declarado nula, *como si no hubiese pasado jamás y se quitase del medio del tiempo...* “Celebraban gustosos la constitución –dice un documento publicado por don Mariano Felipe Paz Soldán en su *Historia del Perú independiente*– creyendo que enfrentaba el poder arbitrario y aseguraba la existencia y libertad del individuo y las propiedades: todos se festejaban con copas y músicas en los cafés, desde las once del día hasta las mismas horas de la noche, cuando llega el propio don Manuel Quimper con oficio que los chilenos habían desembarcado en número de cuatro mil hombres en Pisco, lo que confirmó el señor virrey Pezuela a la misma hora contestando de su balcón y galería a la música que le llevaron *que todo eso era bueno pero que el enemigo se hallaba al frente y así sería mejor estar atento para derrotarlo y después alegrarse bien...* Esta noticia causó diversas emociones, en unos de alegría y en otros de tristeza: españoles llenos de desaliento y temor de tener que dejar un reino usurpado en que todo eran, largaron las copas y exánimes se retiraron”...

El virrey propuso a San Martín un armisticio, que fue aceptado. Tomás Guido, ayudante de campo del Libertador, y García del Río, su secretario, mantuvieron algunas conferencias con los delegados de Pezuela, en Miraflores, muy cerca de Lima, y no fue posible llegar a un acuerdo aceptable para ambos jefes. San Martín proponía como condición preliminar la independencia del Perú. El virrey, que fuera jurada la constitución y con ella el reconocimiento de Fernando VII. Fracasadas las negociaciones, forzoso era romper nuevamente las hostilidades. Pero San Martín no abandonaba su plan de avenimiento. Asimismo, encomendó al general Arenales un cuerpo de ejército con el que debía levantar los pueblos del sur, proclamar la independencia e internarse en la sierra, rumbo al norte, para reunirse con el grueso del ejército que habría de estar próximo a la costa y al norte de Lima. Arenales cumplió después admirablemente su plan, la proeza militar más brillante de la campaña del Perú. San Martín embarcó su ejército y salió para hostilizar a la capital de los virreyes.

“Hoy damos a la vela –escribió a O`Higgins el 25 de octubre– y dentro de dos días estaremos sobre Lima. Veremos si se hace alguna cosa de provecho... No se ha perdido el tiempo que hemos estado en Pisco: mis relaciones en Lima las he asegurado en términos que el día menos pensado pueden darle un mal rato al virrey: en fin, amigo mío, esto se presenta cada día mejor; y si no tenemos algún contraste que no esté en la previsión humana, muy en breve veremos todos recompensados nuestros trabajos con la libertad del Perú. “

Es el caso de recordar que el general San Martín, modelo de previsión, hacía tres años que tenía espías y propagandistas secretos en el país, mediante las más insospechadas estratagemas. El plan era ahora insuperable: mantener la inquietud del virrey en toda la costa y levantar al mismo

tiempo los pueblos de la sierra dispersando las fuerzas de la defensa para dar en el punto elegido el golpe decisivo. Antes de abandonar las costas de Paracas, el Libertador había creado la bandera del Perú, con el rojo de Chile y el blanco de las Provincias Unidas, su patria. Desembarcó tropas en Ancón, puerto cerca de Lima, y algunas partidas fueron a hostilizar al virrey. Lord Cochrane apresó en el Callao (en una acción de prodigiosa audacia y valor) la hermosa fragata *La Esmeralda* y San Martín se corrió más al norte, hasta el puerto de Huacho, para ocupar con su ejército el valle de Huaura. Soplaban buenos vientos para la expedición libertadora: Arenales avanzaba en triunfo por la sierra, quedaban cortadas las comunicaciones de Pezuela con el norte, el batallón recluta Numancia se plegaba a los patriotas y el marqués de Torre Tagle, intendente de Trujillo, adhería a la causa de los independientes. Pero la idea de una transacción con el gobierno liberal de España seguía trabajando los ánimos: en noviembre, el general español Morillo celebró un armisticio con Bolívar y tuvo una entrevista que terminó en banquete y en efusiones de amistad y regocijo. “Bolívar vino sólo con sus oficiales –escribió Morillo– entregado a la buena fe y a la amistad y yo hice retirar inmediatamente una pequeña escolta que me acompañaba. No puede nadie persuadirse de lo interesante que fue esta entrevista ni de la cordialidad y amor que reinó en ella. Todos hicimos locuras de contento, pareciéndonos un sueño el vernos allí reunidos como españoles, hermanos y amigos. Crea usted que la franqueza y sinceridad reinaron en esta unión. Bolívar estaba exaltado de alegría; nos abrazamos un millón de veces y determinamos erigir un monumento para eterna memoria del principio de nuestra reconciliación en el sitio en que nos dimos el primer abrazo.”

A Buenos Aires llegó en enero el bergantín de guerra *Aquiles* con los comisionados de Fernando VII para abrir negociaciones. Se les contestó inmediatamente que “la base preliminar era la independencia jurada...”

Para acentuar más aquella expectativa, el ejército español del Perú depuso al virrey Pezuela y nombró en su lugar al general La Serna, más adicto a la causa constitucional. Cochrane bloqueaba el Callao y hostilizaba los puertos intermedios, pero con los calores del estío –dice Vicuña Mackenna– “cayó sobre el Ejército Libertador esa terrible peste tropical que es conocida en el Perú con el nombre de tercianas. En pocos meses, en pocos días el campamento de Huaura fue convertido en un vasto hospital, y en breve el hospital mismo fue un inmenso osario. Apenas había brazos para cavar las sepulturas, menos los había para cargar las armas. Aquel brillante ejército que había partido de Chile en agosto de 1820 con la doble juventud del entusiasmo y de la vida, flaco ahora, hambriento y desalentado, se moría en los ardientes arenales de la costa, sin que hubiese posible remedio a la catástrofe que lo diezaba. De los cuatro mil hombres que habían desembarcado en Pisco, tres mil estaban en los hospitales a mediados de abril de 1821, y había días que morían treinta y cincuenta soldados en la flor de sus años, pues el carácter de aquella fatal epidemia es atacar de preferencia la juventud y el vigor”.

“Nuestra situación –decía San Martín en carta de esos días al director O`Higgins– es la misma que anteriormente: mil quinientos enfermos, y otros tantos convalecientes, es el estado del Ejército; crea usted, amigo mío, que no puede verse con indiferencia perecer a estos infelices sin tener cómo aliviarlos en sus necesidades. Tengo pedido, infinidad de tiempo hace, medicinas, porque en

todo el Perú no se encuentran, a excepción de quina: en fin, el resultado es que diariamente tenemos de baja de hospitales de doce hombres para arriba.” “Pero en medio de aquella desolación –sigue Vicuña Mackenna–, sólo hay una frente que no aletarga la fiebre, sólo hay un corazón que no se rinde al desaliento. Es San Martín. Su cuerpo está enfermo y su físico postrado; pero su alma grande sostiene su brazo de guerrero, alumbrando su mente de Gran Capitán y al fin le salva.” “Mi salud, decía a O’Higgins, hablándole sólo de sus males físicos, el 3 de mayo de 1821, está sumamente abatida: antes de ayer me levanté después de siete días de cama, creo con evidencia que si continuó así, pronto daré en tierra.”

En estas circunstancias, mientras por una parte se obtenían buenos éxitos militares, y por otra la peste se ensañaba en el campamento de Huaura, cuando se habían hecho algunas “aberturas pacíficas” con La Serna y éste se mostraba dispuesto a evacuar la ciudad de Lima, llegó al campamento de Huaura, desde el norte, el comisionado del gobierno constitucional español don Manuel Albrey “donde fue recibido con todos los honores de un embajador regio y cordialmente obsequiado”, dice el general Mitre. Y agrega: “En los cuatro días que permaneció allí, tuvo largas conversaciones con San Martín y concibió por él una grande admiración. Trasladado a Lima, hizo sin rebozo los mayores elogios del general americano y de sus jefes, insinuando que los realistas del Perú tenían la culpa de la obstinada continuación de la guerra. Los realistas tomaron a mal estas expansiones; pero, obligado el virrey a cumplir las órdenes de su gobierno para abrir negociaciones con los insurrectos, hubo de suspender por el momento su resolución de evacuar Lima a fin de ‘nombrar comisionados y transar las diferencias pendientes entre los disidentes, y restituir a los países americanos su antigua tranquilidad, ganando en felicidad’ “ (abril 9) San Martín contestó lacónicamente que “transigir las diferencias entre españoles y americanos –sigue Mitre– era un asunto de tanta gravedad, que debía proponerse oficialmente, sin cuyo requisito adolecería de nulidad la negociación que se entablase” (abril 15).

“Al mismo tiempo que iniciaba esta nueva campaña diplomática, abría dos campañas militares sobre la sierra y sobre la costa, y preparaba una cuarta sobre Lima con el esqueleto de su ejército diezmado por la epidemia. Desprendió una columna a cargo de Miller, que hizo embarcar en la escuadra, para que abriese hostilidades bajo la dirección de Cochrane. Comprendiendo que había cometido un error al abandonar la sierra, y a fin de salvar sus tropas de las fiebres que las devoraban, dispuso que otra fuerte columna al mando de Arenales recuperase el terreno perdido en la cordillera central. Con el resto, estrechó el asedio de Lima.”

San Martín, dispuesto a entrar en negociaciones diplomáticas, nombró sus comisionados, y de las conversaciones con los del virrey resultó una entrevista que éste debía celebrar con el general del Ejército unido. La entrevista fue muy cordial y se la rodeó de mucho aparato. Se la conoce en la historia como la entrevista de Punchauca, por el nombre de la hacienda o casa de campo en que se celebró.

“Desde el día 1º –dice en una crónica el general Guido– el general San Martín se puso en marcha para el lugar de la cita. Formaban su séquito los renombrados coroneles Las Heras, Paroissien, Necochea; los tenientes coroneles Spry, Raulet y cuatro ordenanzas; en el campo de Carabayllo, a

las cinco de la tarde, encontráronle sus diputados a quienes se había agregado el general Llano y el capitán Moar. Juntos se dirigieron al punto convenido. El día 2, a las tres y tres cuarto salieron a recibir al virrey del Perú –y general en jefe del ejército del Rey– Llano, Las Heras, Paroissien, Necochea, Guido y don Juan García del Río. Avistáronse con él al sud de Guacoy; venía acompañado del general La Mar, el brigadier Manet, el de igual clase Canterac, famoso por su denuedo y constancia, y los tenientes coroneles Landázuris, Ortega y Camba”.

La comitiva, escoltada por cuatro dragones españoles, llegó a las tres y cuarto a Punchauca. Al aproximarse a la casa donde se lo aguarda, el general San Martín adelantóse al vestíbulo, y al estar al habla con los que venían y que se habían agrupado, preguntó con aire placentero quien de aquellos señores era el general La Serna. Este distinguido caballero español, de gallarda presencia y nobles modales, que traía oculta debajo de la sobrecasaca la banda carmesí, distintivo de su autoridad, diósele a conocer. Entonces se acercó San Martín a su caballo y luego que el virrey puso pie en tierra, lo abrazó estrechamente saludándolo con estas afectuosas palabras: ‘Venga para acá, están cumplidos mis deseos, general, porque uno y otro podremos hacer la felicidad de este país’. La Serna le correspondió con igual cordialidad y ambos del brazo entraron al salón precedidos de aquellos briosos militares que por primera vez se contemplaban con mutua admiración y respeto.

“La primera media hora se pasó en tomar algunos refrescos y en esa conversación franca y animada, usual entre los hombres de armas de origen distinguido y culta educación. Los protagonistas de esta escena apartáronse durante algunos minutos y conferenciaron a solas. En seguida San Martín invitó a La Serna, los jefes principales y ambas diputaciones, a pasar a la pieza inmediata en donde se reunieron presididos por uno y otro personaje. Entonces el general del Ejército unido tomó la palabra y, dirigiéndose al caudillo español, le dijo con voz firme, estos o idénticos conceptos: ‘General, considero este día como uno de los más felices de mi vida. He venido al Perú desde las márgenes del Plata, no a derramar sangre sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli ha hecho alarde al proclamar la constitución del año 12, que Vuestra Excelencia y sus generales defendieron. Los liberales del mundo son hermanos en todas partes, y si en España se abjuró después esa constitución, volviendo al régimen antiguo, no es de suponerse que sus primeros cabos en América, que aceptaron ante el mundo el honroso compromiso de sostenerla, abandonen su más íntimas convicciones, renunciando a elevadas ideas y a la noble aspiración de preparar en este vasto hemisferio un asilo seguro para sus compañeros de creencias. Los comisionados de V.E., entendiéndose lealmente con los míos, han arribado a convenir en que la independencia del Perú no es inconciliable con los más grandes intereses de España, y que al ceder a la opinión declarada de los pueblos de América contra toda dominación extraña, harían a su patria un señalado servicio si, fraternizando con un sentimiento indomable, evitan una guerra inútil y abren las puertas a una reconciliación decorosa... Si V.E. se presta a la cesación de una lucha estéril y enlaza sus pabellones con los nuestros para proclamar la independencia del Perú, se constituirá un gobierno provisional presidido por V.E. compuesto de dos miembros más, de los cuales V.E. nombrará el uno y yo el otro, los ejércitos se abrazarán sobre el campo; V.E. responderá de su honor y de su disciplina; y yo marcharé a la Península, si

necesario fuere, a manifestar el alcance de esta alta resolución dejando a salvo en todo caso hasta los últimos ápices de la honra militar y demostrando los beneficios para la misma España de un sistema que, en armonía con los intereses dinásticos de la casa reinante, fuese conciliable con el voto fundamental de América independiente’.”

Como se desprende de la misma crónica de Guido, San Martín propuso como condición preliminar la independencia del Perú y la formación de una regencia compuesta de tres miembros nombrados por él y por La Serna. Dos comisionados irían a España en busca de un príncipe que ocuparía el trono del nuevo Estado. La Serna no encontró mal lo propuesto, pero los oficiales de su ejército negaron su aprobación; todo aquello fue de ningún resultado y una rémora más para el fin perseguido, que era obtener la independencia del Perú. El general San Martín explicó años después, en carta a Miller, su posición en Punchauca de esta manera: “El general San Martín, que conocía a fondo la política del gabinete de Madrid, estaba bien persuadido de que él no aprobaría jamás este tratado; pero como su principal objeto era comprometer a los jefes españoles, como de hecho lo quedaban habiendo reconocido la independencia, no tendrían otro partido que tomar que el de unir su suerte a la de la causa americana”.

Sea como fuese, pudiera parecer que el espíritu marcial, aun revolucionario del Libertador, sufre menoscabo en estas estériles maniobras diplomáticas, pero eran muy propias del momento que se vivía, y el gran Bolívar que, en ese mismo mes de la entrevista de Punchauca, rompía el armisticio con Morillo, y tenía en su haber revolucionario nada menos que la guerra a muerte de 1813, había dicho a Fernando VII en enero de 1821: “Señor: Permítame Vuestra Majestad dirigir al trono del amor y de la ley el sufragio reverente de mi más sincera congratulación por el advenimiento de Vuestra Majestad al imperio más libre y grande del primer continente del universo. Desde que Vuestra Majestad empuñó el cetro de la justicia, para los españoles y el iris de la paz para los americanos, se ha ganado todos los corazones. Desde aquel día entró Vuestra Majestad en el sagrario de la inmortalidad. Ha querido Vuestra Majestad oír de nosotros la verdad, conocer nuestra razón y, sin duda, concedernos la justicia. La existencia de Colombia es necesaria, señor, al reposo de Vuestra Majestad y a la dicha de los colombianos. Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, no abrumada de cadenas. Vendrán los españoles a recoger los dulces tributos de la virtud, del saber, de la industria, no vendrán a arrancarlos de la fuerza...”

Y envió a España la misión Revenga-Echeverría, para “abreviar de todos modos la conclusión de un tratado de paz, honroso y glorioso cuya base fundamental debe ser el reconocimiento por la España de la absoluta independencia, libertad y soberanía de Colombia como República o Estado igual a todos los demás estados independientes del mundo”.

AGENDA DE LECTURAS

Como en otros capítulos, el lector podrá consultar, con gran provecho, a Mitre. Para la entrevista de Punchauca, puede leerse la relación completa del general Guido en *San Martín visto por sus*

contemporáneos, de José Luis Busaniche. Sobre Bolívar y Morillo puede verse José Gil Fournoul, *Historia constitucional de Venezuela*, y Carlos A. Villanueva: *Fernando VII y los nuevos Estados*. Las *Memorias* del general Andrés García Camba podrán ser consultadas con mucho provecho.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Cap. XIII. pp. 143-153. 2ª Ed. Buenos Aires: Emecé, 2000.